

## DON GONZALO GONZÁLEZ DE LA GONZALERA

---

(1880).

Háse abusado tanto de los elogios para todo género de frivolidades y sinsustancias, que el escribir hoy la crítica de un libro que de veras merezca ser alabado, tan fácil como parece, viene á ser la cosa más difícil y comprometida del mundo.

En qué consiste la dificultad, desde luego se adivina: en que no hay manera de evitar que el público, después de haber tomado muchas veces como merecidos los elogios injustificados, y de haber visto en ello malamente burlada su buena fe, tome una vez por infundadas y complacientes las alabanzas más justas y legítimas.

Repítese aquí el caso aquel del pastor de la fábula, que engañó muchas veces á los labradores gritando ¡al lobo! y cuando el lobo vino de veras los labradores ya no acudieron; porque los labradores entonces, y los lectores ahora, tuvieron y tienen razón sobrada para

decir al pastor y á la crítica con el personaje de *La Verdad sospechosa*:

«Ya, si dices que ésta es luz,  
He de pensar que me engañas».

Para quien haya leído, por ejemplo, algún artículo bibliográfico en donde algún crítico famoso (y hoy fama de crítico la gana cualquiera) llame «preciosa novela» ó «novela de oro» á un libro que luego se cae de las manos, ó afirme que maneja la lengua patria con admirable maestría algún escritor á quien para escribir en castellano le falte mucho, ¿qué puedo yo decir de la última novela de Pereda, que haga formar de ella idea adecuada, sin que por otra parte suene á lisonja?

Hay á mi favor que los lectores de *La Ciencia Cristiana* conocen de antes mis trabajos críticos, y saben ya que no soy dado á prodigar elogios, y que para alabar yo una cosa es menester que en mi humilde concepto lo merezca. De ellos, pues, no hay duda que han de dar su justo valor á mis palabras: para los demás que me leyeren he creído necesario comenzar con esta protesta contra la general costumbre.

No sabré yo decir si este último libro del ilustre autor de los *Bocetos al temple*, es, en realidad, mejor que los anteriores. Porque al revés de lo que le sucede al señor Pereda, que está convencido de que la más mala de sus

obras es la última que escribe, á mí me parece siempre el mejor de sus libros el último que leo. Por de pronto, en éste de ahora, no encuentro los defectos que, con amistosa y cristiana franqueza, hube de señalarle al señor Pereda en *El buey suelto*, hace cosa de un año.

*Don Gonzalo González de la Gonzalera* es una novela de costumbres contemporáneas. Su argumento, sin ser complicado, ofrece interés y novedad suficientes á cautivar del todo la atención del lector, aun cuando la obra no tuviera, como tiene, otros irresistibles atractivos.

Le apuntaré á grandes rasgos.

Un granuja de la montaña de Santander, cansado de buscar mendrugos por las puertas y de tirar del fuelle en la fragua de su pueblo, marchóse á las Américas, de donde vino al cabo de veinte años, en que «mo le dió el sol más que los domingos», con una renta de tres mil duros, y ropa de señor; pero sin haber perdido del antiguo criado del herrero otra cosa que la fe cristiana.

De vuelta en Coteruco, su pueblo natal, quiere el hijo del perdido Antón *Bragas* «ser el primero entre los primeros, allí donde le han conocido el último de los últimos», y comienza, el que antes se llamó Colás González, por buscar su segundo nombre en su fe de bautismo, ponerse al apellido una adición ridícula y hacerse llamar con la rimbom-

bante retahila que sirve de título á la obra.

Para con esto se instala en una casa «nueva, flamante, que se alza sobre tres arcos, no rebajados, sino jibosos, de asperón tiznado de amarillo y chocolate, con un balcón que corre todo á lo largo de la fachada principal», etcétera.

Vive á la sazón en Coteruco, pueblo que no está en el mapa, sino que «pertenece á la geografía moral de la montaña del uso privativo del novelista», don Román Pérez de la Llosia, hidalgo montañés de antigua prosapia, honrado á carta cabal, no poco instruído, y tan bueno, que reúne por las noches, en el invierno en su cocina, y en el verano en la puerta de su casa, á todos los vecinos del pueblo, y les da lecciones de agricultura, de economía, de honradez, de todo menos de política, omisión de que más tarde se arrepiente, como veremos.

Es viudo y tiene una hija, Magdalena, de quien se sabe que «sin ser su rostro hermoso en la acepción clásica de la palabra, es por todo extremo interesante, gracioso y atractivo», y aunque toca el piano, porque aprendió en un colegio «todo lo necesario y lo menos inútil de lo superfluo», no es uno «de esos lirios del valle ridículamente sensibles, que lloran con las flores, hablan con las golondrinas y se escapan con el primer duque disfrazado de cazador que las sorprende trincan-

do con los borregos», sino una muchacha formal que posee «cuantas prendas son necesarias al gobierno de una casa».

Ayúdale á don Román en la tarea de educar y civilizar á los labradores de su pueblo, el reverendo Párroco del mismo, que aun cuando «no era un santo, ni blasonaba de ello, y para sabio le faltaba mucho, pero era virtuoso, infatigable en el ejercicio de su delicado ministerio, y no carecía de elocuencia persuasiva para dirigir oportunas pláticas á sus feligreses, daba á los pobres cuanto le sobraba y algo más, y no se separaba de la cabecera de los enfermos en peligro de muerte».

Hay en el pueblo otra persona importante, el *hidalgo de la Casona*, don Lope del Robledal, corazón excelente, envuelto en ruda y áspera corteza, que vive alejado de don Román, ya por orgullo, ya por egoísmo, ya porque don Román no pone tampoco nada de su parte para que se le acerque don Lope. La familia de éste se reduce á su sobrina Osmunda, soltera, entrada en años, que por lo pobre y lo talluda, y por ser á mayor abundamiento fea de cuerpo y alma, tiene más deseos que probabilidades de mudar de estado; y á Lucas, hermano de Osmunda, cojo, mal inclinado, pedante de por sí, y alumno además de filosofía y letras, llamado en el lugar el *estudiante de la Casona*.

La acción comienza con el año de 1868, unos meses antes de la revolución de Setiembre, que se apellidó *la gloriosa*.

El malaventurado indianete pretende á Magdalena, que como es natural, le deja feo, aunque no más de lo que él era de suyo; é hinchado luego de soberbia y de corajina. está deseando propicia ocasión de sobreponeerse á don Román, y de tomar venganza del desaire.

En tal disposición le halla Lucas, que llega de Madrid, expulsado de allá y sometido á la vigilancia de la autoridad, por hablar demasiado alto en el café contra lo existente, y por no parecer bastante pájaro de cuenta para ser enviado á Canarias.

Viene decidido el estudiante á preparar el triunfo de la revolución en Coteruco; comienza la campaña contra D. Román y contra el señor cura, contra el *feudalismo* y el *confesionario*, según sus propias palabras, y aliasele de mil amores D. Gonzalo, en su afán de figurar, y sobre todo, de coger debajo al de la Llosía; siendo también auxiliar de ambos Patricio Riguelta, «de profesión albitrante, con otras industrias saludables», como él dice, muy aficionado á ser concejal, pleitista perdurable, enemigo encarnizado de todos los ayuntamientos cuando no logra formar parte de ellos, y que acaudillando en Coteruco á todos los viciosos y holgazanes, se despega de

sus convecinos, por costumbres, carácter y figura, como el agua del aceite.

Como medio el más seguro de perversión, organizase por obra de los tres en la taberna del lugar el juego con carácter permanente. Se juega en muchas noches consecutivas una becerra con todos sus condimentos y accesorios, que, pierda quien pierda, pagará don Gonzalo.

Llegó este caso: fijóse el festín para el día de Pascua: desatendiéronse las sagradas funciones de Semana Santa por atender á los preparativos de la comilona; y todos los que jugaron y los que presenciaron el juego, que son todos los vecinos, incluso los más asiduos á la tertulia de D. Román, se juntan en la taberna á celebrar la becerra con desusado regocijo.

Y como quiera que ya en las noches que duró el juego, Patricio y el Cojo habían cuidado de ir dejando caer entre una y otra mal expuesta teoría revolucionaria, tal ó cual insidiosa acusación contra el señor cura y contra D. Román, aunque protestando al principio no darlas crédito, aquella noche que todos estaban borrachos, echáronse en tropel á la calle, aquí tropezando el débil, cayendo allí el muy cargado, y los más firmes pisando con mucha dificultad, pero todos gruñendo y vociferando en estridente y desacorde algarabía; y llegados delante de casa de don

Román vomitaron insultos y blasfemias entre coros de rebuznos y alaridos salvajes.

Ya para entonces habían hecho otra noche lo mismo delante de casa del señor cura.

El pueblo estaba pervertido.

Merced al sofisma y al dinero, armas obligadas de todas las revoluciones, la holgazanería y la maledicencia y la embriaguez, concluían por enseñorearse de un pueblo antes modelo de aplicación, de sobriedad y de buenas costumbres.

Así las cosas, llegó á Coteruco la noticia del triunfo de la revolución, y la revolución fué proclamada con toda solemnidad en Coteruco. ¡Viva Coteruco libre! gritan el estudiante y sus seides, y sacan los confesonarios de la iglesia para quemarlos en público, y establecen el club en la taberna, donde pronuncia discursos el Cojo, y bajo el mando del indianete, á quien han hecho alcalde, se arman de voluntarios de la libertad y salen al campo á hacer el ejercicio, huyendo á la desbandada á la sola noticia de la aproximación de fuerzas regulares, con todo lo demás que se usa y es de rigor en semejantes casos.

Don Gonzalo hecho alcalde, tiene el placer de causar á D. Román y á su hija extorsiones violentas, que no son más graves, por la hidalga y oportuna mediación de D. Lope.

Magdalena se casa al fin con un noble y apuesto mancebo de otro lugarcillo del valle,

y se van con su padre á vivir á la capital, abandonando á Coteruco al poder y señorío de D. Gonzalo.

Patricio Riguelta, uno de los principales trastornadores, que se aprovechó de la revolución para quemar las cuentas del concejo, en donde resultaba deudor de grandes cantidades, muere asesinado en unas elecciones.

El estudiante, que en mérito de sus picardías había soñado con ser lo menos gobernador, pretende en la capital, y no sé si le dan al cabo, un empleillo de poca importancia.

Don Gonzalo que se ha hecho dueño del cotarro y de un monte comunal contiguo á su casa, queda, como era justo, más castigado que nadie, se ha casado con Osmunda.

Las últimas noticias llegadas del pueblo, tan desventurado ahora como feliz fué antes, dicen que el día en que D. Román le abandonaba, el indianete y la solterona estaban sentados á la mesa y se tiraban los platos.

Tal es, en resumen, la fábula del *D. Gonzalo González de la Gonzalera*, que narrada por la pluma de Pereda, y adornada de bellos é interesantes episodios, naturalmente ha de resultar amenísima.

Ya lo he dicho en otra ocasión, y aunque no sea menester, vuelvo á decirlo: en las descripciones, en los diálogos, en usar con holgura la patria lengua, Pereda no reconoce superior, y apenas podrán hallársele rivales.

Mas en lo que de seguro no los tiene, es en la creación de personajes, en la pintura de tipos. Con cuatro palabras escritas sin aparente estudio, nos da todo un carácter, nos dibuja una situación completa. «Así pintaba Velazquez», exclama un amigo mio y maestro, después de copiar uno de los mejores retratos que tiene la obra; y yo no sé si diga que encuentro en los *borrachos* del pintor menos vida, menos animación que en *el festín* del novelista.

¡Y qué descripción la de la casa del indiano!

Pero el mérito principal de este libro de Pereda, consiste, á mi entender, en su profunda intención social, religiosa y política.

Pondérase mucho, y aún con eso no se pondera bastante, la dificultad de hermanar en justa proporción en las novelas, y en general en cualesquiera obras artísticas, el deleite con la enseñanza. El novelista que se propone enseñar á todo trance, con frecuencia resulta pesado y fastidioso: el que pretende huir este defecto, con frecuencia resulta frívolo. Pereda, como escritor de gran talento y de grandes recursos, consigue evitar cada uno de los dos defectos, sin caer en el otro, y hace ver que no se escribió para él aquello de Horacio: *In vitium ducit culpæ fuga si caret arte.*

Pereda, en este libro, además de exhibir y descortezar el tipo del indiano, hace anato-

mía de la revolución en general, tomando por *anima vilis* la revolución de Setiembre; y en lugar de presentar ésta en Madrid como fruto de los discursos de tal ó cual sofista de talla, y de los dineros de éste ó de aquel banquero famoso, la estudia en un rincón oscuro de la Península, donde, sin ser menos criminal, es más ridícula y más repugnante.

Allí están las mismas ambiciones, y los mismos procedimientos puestos en juego para satisfacerlas. Los discursos del estudiante son los discursos de un tribuno cuyo nombre bulle entre los labios de todo el que lea la novela; y el dinero y las pretensiones del indiano son el dinero y las pretensiones de cualquier pobre diablo convertido en opulento capitalista, que busca, como don Gonzalo, entre la humildad inverosímil de sus ascendientes media docena de apellidos sonoros, y exhibe con ellos en la *Guía* del año siguiente un título de Castilla.

El señor Pereda, á más de la justicia inexorable que hace en este libro con la revolución, y de poner de manifiesto las malas artes por donde llega al triunfo, censura y castiga á su modo el crimen de la sociedad moderna de haber vuelto con desdén las espaldas á la antigua aristocracia de las virtudes, para ir á caer de hinojos ante la aristocracia del dinero; y cuando el cinismo ó el alucinamiento llegan á tanto, que hay quien, presumiendo

de filósofo cristiano, proclama muy bien ganado un título de nobleza por quien supo enriquecerse sabe Dios cómo, aunque y cualquiera lo adivina, el señor Pereda proclama miserable y criminal á lo que siempre será criminal y miserable.

Demuéstrase además en este libro las ventajas de que los ricos y los grandes vivan de ordinario allí donde tienen sus haciendas, y ejerzan entre sus colonos la influencia que de derecho les corresponde, en lugar de abandonar ésta en manos de un apoderado que no ha de llevarla por buen camino, y contentarse con gastar las rentas que llegan á sus manos, en la disipación afeminada de la corte. Así como se desacredita la teoría de que al pueblo no debe hablársele de política, y se proclama la necesidad de la educación política del pueblo, dado que sin ella más fácilmente cae en las redes de los sofistas políticos; como los labradores de Coteruco, no advertidos en este punto por don Román, fueron creyendo sin dificultad las malignas é interesadas sugerencias del estudiante.

Y aquí, para concluir por donde he comenzado, tengo que dirigir algún otro párrafo á la crítica en uso.

Tienen por lo visto los libros del señor Pereda el privilegio de desconcertar á los escritores que los juzgan, y de hacerles dar por las paredes, como vulgarmente se dice. Hásele

acusado generalmente de *realismo*, acusación que repetida de unos críticos en otros, ha venido á quedar como estereotipada para cualquier ocasión en que se hable del autor de las *Escenas montaÑesas*; mas no por eso falta algún crítico que al hablar de *El buey suelto*, haya encontrado al autor *idealista* exagerado y haya dicho de él que «pinta lo feo por lo feo, porque ningún solterón en el mundo se conduce como el solterón de aquel libro, que se va á vivir á una mala casa de huéspedes, pudiendo irse á una buena fonda.»

No son dignas, en verdad, de contestación estas acusaciones de quien combate al autor de *El Buey suelto* por espíritu de secta, por enemistad religiosa y política; pero hay que defenderle de la defensa con que, á propósito del *Don Gonzalo*, han tenido por conveniente abrumarle algunos críticos amigos.

Hay uno que para presentar al señor Pereda exento del pecado (¡qué pecado!) de ser escritor político, se esfuerza en demostrar «que en la última producción del señor Pereda no domina, ni tal jamás pudo ser su pensamiento, ninguna idea política determinada».

Y hay otro que va todavía más adelante en la vía del despropósito (1), negando, no sólo que el señor Pereda se haya propuesto un fin

(1) El señor Menéndez Pelayo, que tan pronto alaba á Pereda porque escribe para probar, como por lo contrario. Le he conocido en este punto tres ó cuatro cambios de criterio.

político en su novela última, sino que se haya propuesto un fin de ningún género. Y éste ni siquiera se entretiene en demostrar esta tesis absurda, que con abrir el libro por cualquier parte se desvanece, sino que la da por supuesta, diciendo como de paso: «Yo no admito que el señor Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada», y da la razón entre paréntesis con cierto desdén, añadiendo que «es demasiado artista para eso».

Por donde el Sr. Pereda, artista cristiano si los hay, se encuentra de un golpe convertido en explotador de la teoría pagana de *el arte por el arte*, haciendo libros por hacerlos, ó cuando más por venderlos.

He llamado teoría pagana á la de *el arte por el arte*, y casi me remuerde la conciencia de haber calumniado al paganismo.

No: ni aun los escritores paganos escribían sus libros sin proponerse en ellos demostrar cosa ninguna: siempre se proponían demostrar algo que aprendían como verdad, por más que no fuese la verdad, porque no la poseían en todo su esplendor, como nosotros que la aprendemos de la Iglesia, sino desfigurada y afeada entre ignorancias y supersticiones.

Y si á los poetas paganos se les calumnia diciendo que no quisieron demostrar nada en sus libros, ¿qué nombre tiene el hacer la misma afirmación, en son de elogio, de quien con

talento admirable y con fe sincera escribe en plena luz del Evangelio?

Desde el punto de vista religioso es casi una herejía; desde el artístico, una aberración; desde el filosófico, un absurdo.

¡Proclamar á estas alturas y entre católicos el arte por el arte y la independencia del arte!

He aquí uno de los males gravísimos de estudiar los clásicos, y sobre todo de estudiarlos quien no tiene la suficiente discreción para entenderlos.

Cuéntase de Merino, el demagogo fanático que atentó contra la vida de Doña Isabel de Borbón en 1852, que en las obras de Virgilio que solía leer como preparación para celebrar el Santo Sacrificio, tenía puesto por comentario marginal á uno de los versos: «Magnífico: vale más que toda la Biblia». ¿Quién sabe si no habrá sido todavía aquel desventurado el último caso de demencia clásica?

No. El arte no es ni puede ser independiente, como no puede serlo la ciencia, como no puede serlo la política, porque todo depende de Dios, autor de todo.

El Catolicismo, la teología si se quiere, es, en frase del gran Donoso como el Océano que abraza en sí toda la tierra y que recibe en sí todas las aguas.

El hombre no puede salirse fuera de Dios, porque, como dice el Espíritu Santo por el



Apóstol, *in ipso vivimus, movemur et sumus.*

Y el hombre que vive en Dios está obligado á obrar siempre como hombre y á proponerse un fin, y un fin bueno en todos sus actos; porque no se dan actos indiferentes en el individuo, bien que en especie los haya. Todo lo cual es muy bueno para sabido antes de comenzar á escribir del arte ó de cualquier otro asunto.

Y no es tampoco para olvidado, como prueba de lo naturales que son estas ideas en todo regular entendimiento, que el menos cristiano de nuestros poetas del siglo presente, y el que más simpatías hubo por el paganismo, se burló con mucha gracia de los poetas que al escribir sólo se proponen:

«.....el oido,  
Palabra tras palabra colocada,  
Con versos regalar sin decir nada».

O sin demostrar nada.

Toda obra artística ha de tener un fin, que es el fin general del arte, elevar el alma hacia lo infinito, llevar el hombre á Dios por el sentimiento, así como por el conocimiento de la verdad le lleva la ciencia.

Y este fin le cumple admirablemente el arte cristiano, el arte restaurado, como todas las cosas, por Jesucristo, conforme al divino proyecto de *Instaurare omnia in Christo.*  
¿Hemos de negar acaso el título de artis-

tas á los pintores y poetas cristianos? ¿O hemos de creer que no se propusieron demostrar nada Fra-Angélico en sus cuadros, que son oraciones, ni Murillo en sus vírgenes, que son arrobamientos, ni Calderón en sus *Autos*, que son lecciones teológicas?

«El arte, ha dicho un autor célebre de los últimos tiempos, secunda el esfuerzo del hombre y le ayuda á levantarse de la tierra al cielo, imprimiéndole movimiento de ascensión». El arte cristiano, para serlo, ha de ser un grito constante de *¡Sursum corda!*

Así lo entiende, sin duda, el Sr. Pereda. Y por eso no escribe simplemente para divertir sus ocios ni para hacer inútil gala de su ingenio; y por eso cultiva precisamente el género que está llamado en estos tiempos á producir más y mejores frutos, la epopeya posible en esta edad, la novela, que pertenece por completo al Cristianismo, y que por más que de ella se haya abusado vergonzosamente, no hay que desconocer su origen y su aptitud para servir al principio cristiano.

Es de esperar, y de pedir á Dios, que el señor Pereda continúe enriqueciendo con muchas nuevas joyas de este género la patria literatura.